

BUEN HUMOR

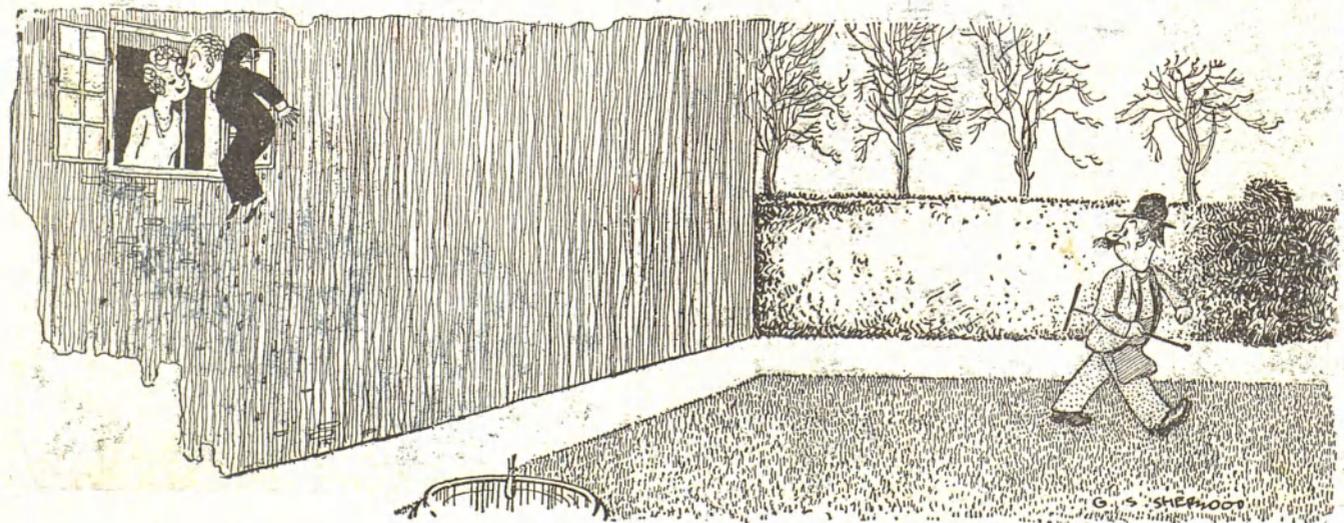
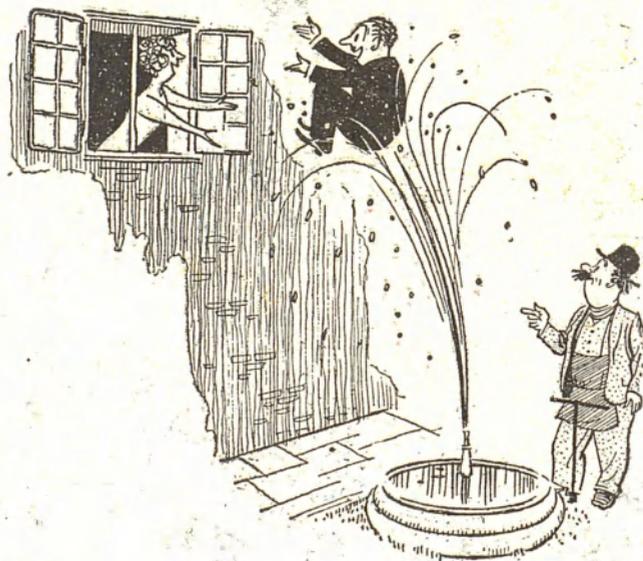
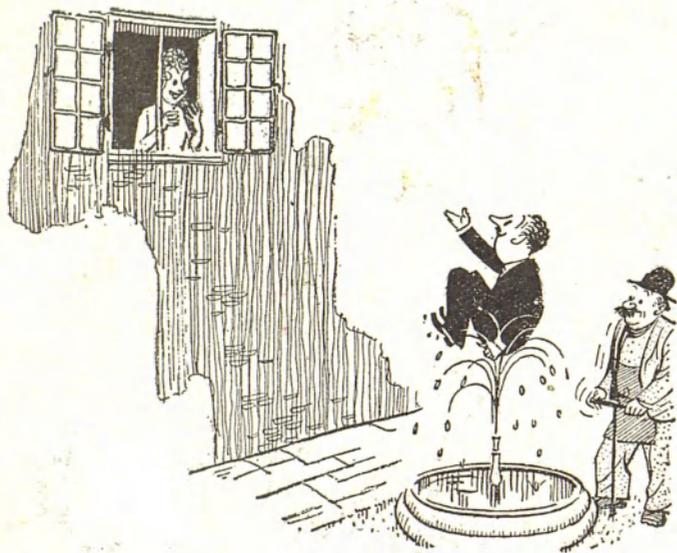
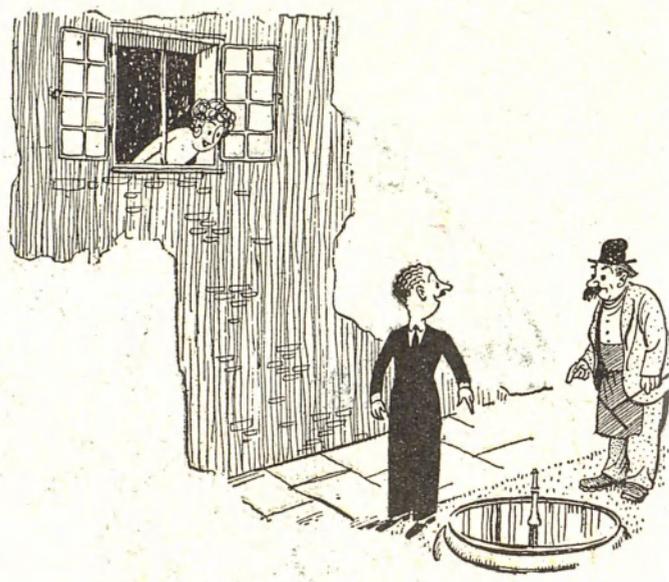
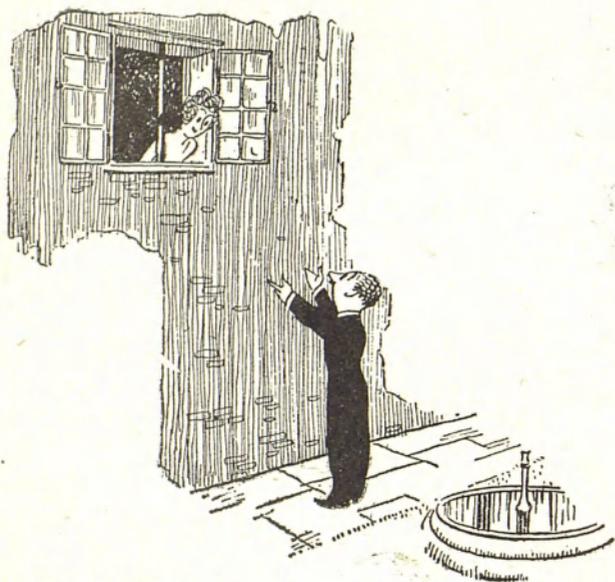
40 CENTIMOS



—¿Sabes que han matado ayer a un camarero en el Tiro de Pichón?
—¿Cómo ha sido eso?
—Estaba sirviendo de blanco.

Ayuntamiento de Madrid

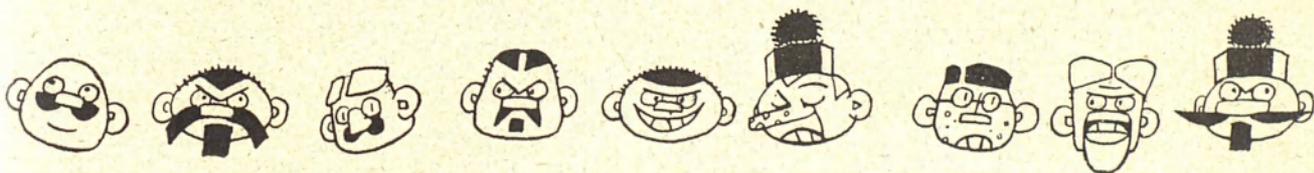
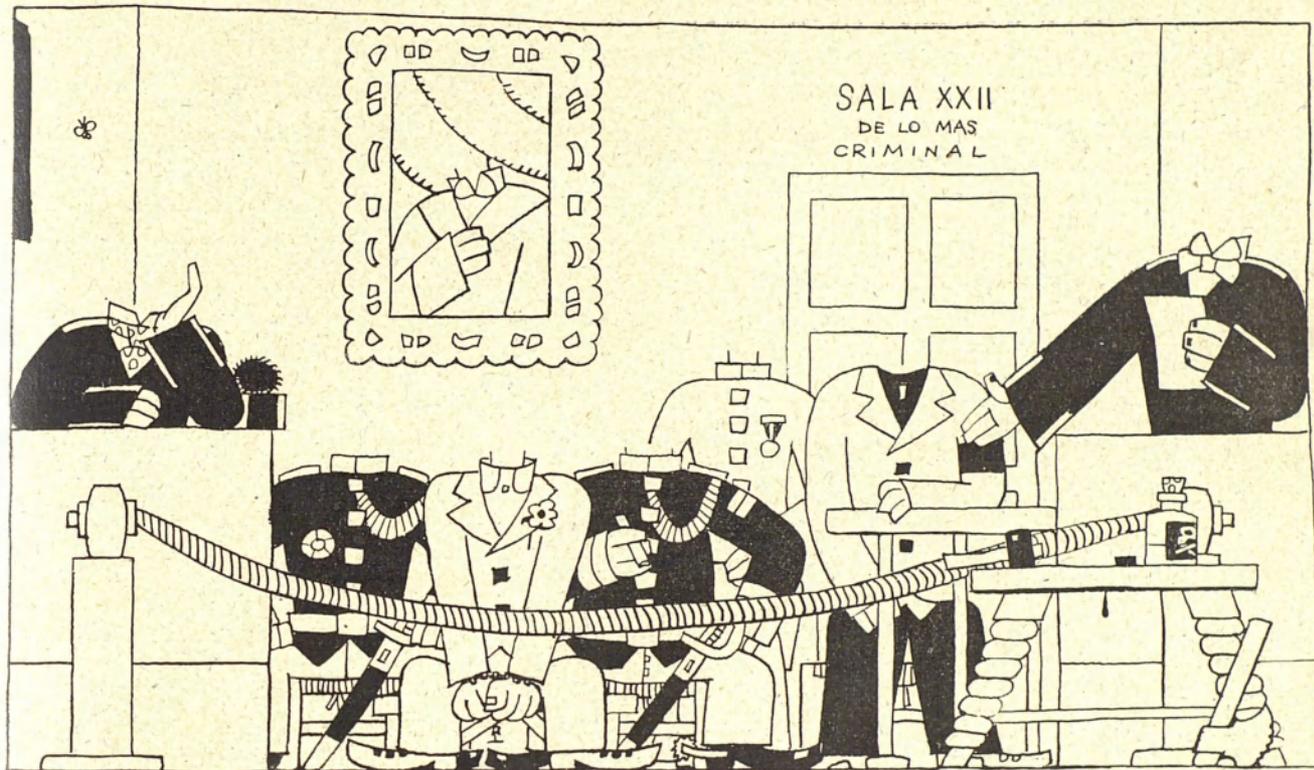
Dib. CUESTA. Paris.



EL AMOR TIENE RECURSOS
Ayuntamiento de Madrid

(Historieta de *The Humorist*.)

N
por
har
mes
cer
pia
buj
con
E
sé
de
ve
sor,
ujie
sobr
ción
pres
E
tan
tien



NUESTROS CONCURSOS

EL DEL MES DE AGOSTO

No hará falta decirles a ustedes, porque su natural perspicacia lo hará innecesario, que en el de este mes se trata de un juicio *a puerta cerrada*, cosa verdaderamente impropia de la estación. Pero nuestros dibujantes son así: arbitrarios e incongruentes.

El Jurado, que somos nosotros, no sé ve por qué está a la parte «de acá» de la maroma. Pero en cambio se ve al procesado, al fiscal y al defensor, a la pareja, a un testigo y a un ujier condecorado. También se ven sobre una mesa las piezas de convicción, y, en la pared, el retrato de un presidente de sala de Salamanca.

El juicio que se está celebrando es tan enrevesado y peliagudo, que no tiene nada de particular que todos los

que en él toman parte hayan perdido la cabezota, por lo cual acudimos a ustedes para ver si entre todos conseguimos restituir a cada uno la suya, tomándola de las que figuran más abajo, que hemos adquirido en un saldo.

Las costas de este juicio sensacional serán, como de costumbre,

CIEN PESETAZAS

que *sacudirá* nuestro probo administrador al ilustre jurisconsulto que dé con la solución exacta o al que le toque, por sorteo y sin trampa ni

cartón, si los solucionistas exactos son varios.

Conviene advertir a nuestros amados concursantes que nuestra prolongada experiencia nos ha demostrado alguna vez que no todos los señores que administran justicia tiene cara de juez. Otrosí, que todos los acusadores no tienen facies tremebundas ni todos los testigos cara de hombre bueno. Y que también hay defensores con rostro avinagrado y ujieres con cara de guardia.

Y nada más. Paciencia, tijera, goma arábiga (o sencillamente mahometana), y a no perder el juicio.

Y si lo pierden, quítense el birrete, despójense de la toga y abandonen el estrado. O, mejor dicho, hagan mutis por el Foro.

NUESTROS CONCURSOS

SEGUNDA LISTA DE SOLUCIONISTAS AL DEL MES DE JULIO

(PROLONGADO HASTA EL 15 DE AGOSTO)

Genoveva Sanjuace, de Barcelona.
Carmen de Lugo, de Barcelona.
Angustias Portillo, de Puerto de Santa María.
Dolores Díaz Rodríguez, de Cádiz.
Benito Martín Vallejo, de Huelva.
L. Laudíbar, de Pamplona.
Manuel Francisco, de Barcelona.
Rafael Alcaraz, de Cartagena.
Beatriz Don Arenas, de Barcelona.
Francisco Pérez de Gante, de Bilbao.
Angeles Muñoz, de Chipiona.
Petra Peña, de Reinoso.
Andrés Uriarte Alonso, de Vitoria.
Luisa Rubio, de Madrid.
Salud Solórzano, de Tetuán.
Manuel Ibáñez, de Barcelona.
Alberto Sastre, de Lorca.
Alfonso R. Arellano, de Madrid.
Lino Pérez, de Ortuella.
Alfonso Meca, de Palma de Mallorca.
Conchita Sánchez de León, de Madrid.
María Fernanda Cañadas, de Sevilla.
Eduardo Alcoy, de Valencia.
José Gutiérrez Lafuente, de Zaragoza.
Pedro Jiménez, de San Rafael.
José Cafrel, de Barcelona.
León Cembrano, dos soluciones, de Madrid.
Josefina del Ferro, Madrid.
Lamberto de los Santos, de Madrid.
Elisa Lillo Cobo, de Madrid.
Luisa Derosa Parera, de Madrid.
Mercedes González Perera, de Madrid.
Vicente Alonso, de Puerto de Santa María.
Tomasito Rihuet, de Casablanca.
Fanquet Alexandre, de Casablanca.
Enriqueta Calderón, de Madrid.
Ana María Sen, de Barcelona.
Araceli Arpide, de Pamplona.
Pepe Rodríguez Ferrer, de Santa Cruz de Tenerife.
Basilio Llorente, de Santa Cruz de Tenerife.
Angel García García, de Santiago de Compostela.
Angel García Fernández, de Santiago de Compostela.
Felisa López Motos, de Madrid.
Ripollés Somoza, de San Rafael.
Asisa Vaturi, de Tánger.
Esnestito Alamán, de Valencia.

María Luisa Díez, de San Sebastián.
Francisco Capdevila, de San Sadell.
Francisco Navarro, de Madrid.
Carmen Cuadrillero, de Madrid.
Aurora Espantaleón, de Madrid.
Pedro Escalera, de Madrid.
Victoria de Peralúa, de Barcelona.
Concepción Pons Rovira, de Barcelona.
Antonio Azcárate, de Bilbao.
José del Rincón, de Jaén.

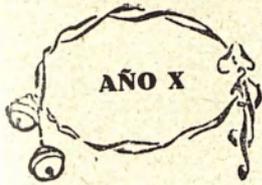


—¿Dices que no vas a París este año?

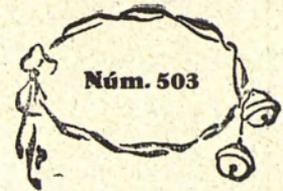
—No. Es a Berlín adonde no voy este año. París es adonde no fué el año pasado.

(De *Everybody's*.)

Alfonso Cervantes, de Tauima.
María del Carmen Regaldie, de Melilla.
José Domínguez, de Sevilla.
José Luis Planche, del Escorial.
Antonio Ramos, de Madrid.
Carmen Celma, de Valencia.
E. de los Santos, de Madrid.
Domingo Soto, de Granada.
Florinda Hevia, de Gijón.
Doroteo Muñoz, de Madrid.
Enrique Lacasa, de Madrid.
Herminia Martínez, de Burgos.
Ramón Gutiérrez, de Madrid.
María García, de Cádiz.
Carmen Gúemes, de San Sebastián.
Manuel Rubio, de Jerez de la Frontera.
Ramón Pérez, de Barcelona.
Fernando Muñoz, de Oviedo.
Milagros Pérez, de San Sebastián.
A. H. Schulze, de Bilbao.
Ana Gallego, de Tetuán.
Mari Luci Pérez, de Bilbao.
Cora Martín, de Valencia.
Hortensia Riego, de Majalandrín de Abajo.
Carmen Vilanova, de Valencia.
M. Dávila, de Barcelona.
Apartado 723, de Barcelona.
Eutiquiano Antolín, de San Sebastián.
Antonio Tárrago, de Vigo.
Antonia Borrallo, de Madrid.
Lucio Sol, de Melilla.
Francisco Bordetas, de Valencia.
Nicolás García, de Sevilla.
Mademoiselle Garah, de Barcelona.
Manuela Fernández, de Madrid.
Juanín Nervioso, de Madrid.
Una Monja, de Madrid.
Constantino Cotilla, de San Lorenzo.
Amparito Vivó, de Valencia.
Francisco Gozalvo, de Valencia.
La churí y la coja, de Madrid.
Ana Ponce, de Puerto de Santa María.
Julio Fajardo, de Madrid.
Antonio Valero, de Madrid.
Juana Albonz, de San Sebastián.
Josefa Bárcenas, de Madrid.
Salomón Bild, de Barcelona.
Alfredo Gallardo, de Madrid.
Luis Laborda, de Ceuta.
José Luis Mingo, de Madrid.
Francisco de Lucio, de Madrid.
Pedro Ubeda, de Madrid.
A. Santillana, de Bilbao.
Asunción Samper, de Melilla.



BUEN HUMOR



SEMANARIO ILUSTRADO

Madrid, 23 de agosto de 1931

COMESTIBLES FINOS

Aquella tienda de ultramarinos contaba con crecida clientela, compuesta en su mayor parte por cocineras y criadas.

Sobre la puerta del establecimiento se leía el rótulo: «Comestibles finos».

Don Atilano, el propietario del comercio, instruía así a los horteras:

—Al objeto de que prospere nuestra tienda, os aconsejo que, en tanto despacháis, os dediquéis a galantear a todas las clientas. La combinación da un resultado maravilloso. Ante los homenajes, las domésticas se entontecen. El comerciante debe aprovechar tal momento, para dar mercedo el peso. Si piropeáis a tiempo a una cocinera, tened por bien seguro que ella no se fijará en las flechas de la báscula... Y, paternal, el dueño del establecimiento finalizaba sus consejos, con la explicación:

—Hijos míos, si procedéis así, con el tiempo, al igual que yo, llegaréis a poseer tienda propia...

Por tanto, fieles a las órdenes del jefe, los dependientes del comercio mostrábase tiernamente enamoradizos con todas las parroquianas.

Así, al servir medio kilo de fideos entrefinos, los tenderos se ponían a suspirar con fuerza, dando al mismo tiempo un rápido golpe en la báscula con el dedo gordo, y al despachar el aceite decían floridos requiebros a las clientas, olvidándose, consecuencia de la emoción amorosa que embargaba a los horteras, de llenar por completo las medidas.

En ocasiones, los dependientes del comercio se excedían. A veces se apoderaban de una mano de las parroquianas para estrechársela, o, bromeando, ceñían por la cintura a las domésticas.

Claro está que en alguna

de tales circunstancias los horteras recibían, a lo mejor, un estruendoso bofetón en pleno rostro, propinado por alguna arisca clienta, como castigo a las extralimitaciones. Entonces, llevándose la mano a la parte dolorida, los tenderos se consolaban con la argumentación:

—Hay que sacrificarse por la prosperidad de la industria...

La señora viuda de Cuétez, mujer todavía joven, vivía en el piso cuarto izquierda del edificio en que hallábase situada la expendeduría de productos ultramarinos propiedad de don Atilano.

Una mañana, la noble dama monologaba:

—Señor, ¿cuándo regresará mi muchacha, la Ruperta, de comprar los comestibles? Hace más de una hora que la criada fué al establecimiento, y aún no ha venido, pese a que la tienda está en la misma casa. ¡Es mucho entretenerse! Disculparía la tardanza si, al menos, la despachasen con el peso justo; pero ¡qué horror! ¡No he visto un comercio donde roben más!

Por fin llegó la doméstica, portadora de unos paquetes, con la faz ruborosa.

—¿Cómo vienes tan tarde?—interrogó la viuda de Cuétez— ¡Jesús, qué sofocada estás!

—De subir la escalera, señorita—alegó la sirvienta.

—Vamos a ver lo que te han merchado hoy en el peso en las cosas adquiridas...

Sobre una balanza, allí dispuesta para tal objeto, la dama se puso a comprobar las pesadas.

—Ruperta... En este kilo de patatas faltan doscientos gramos... Cuando te despachaban, ¿por qué no te fijaste en las flechas del peso?

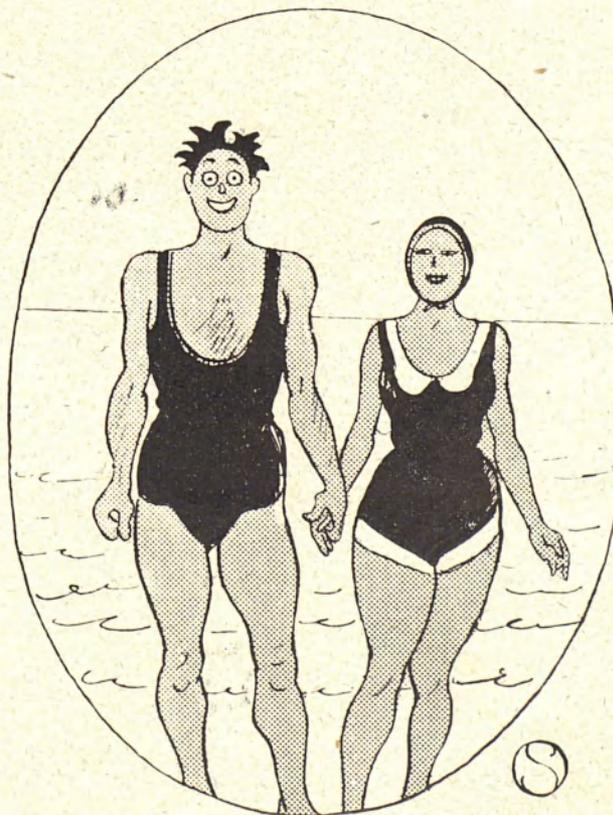
La criada nada replicó, limitándose a pensar:

(¡Para detenerme en esos detalles estaba yo entonces! Al servirme los tubérculos, Secundino, uno de los dependientes más guapos, «Manos Largas» de mote, me aseguraba que el próximo año seré elegida reina de la belleza del gremio doméstico.)

—¡Otro abuso! En las lentejas te dieron cien gramos de menos... Hija mía, ¿es que estás ciega cuando pesan?

La doméstica, suspiró para sí:

—¡Ay! ¡No puede una reparar en nada cuando un hombre nos dice que se va a beber dos litros de vitriolo si le desdenamos, circuns-



Dib. SILENO, Lourido.

tancia que justamente coincidió con el acto de colocar en la balanza las leguminosas!)

—¡Caramba! La sémola también te la despacharon con gran merma... Ante fraude tan escandaloso, tomaré mis medidas. Me van a oír a mí en ese establecimiento... Pero, Ruperta, ¿cómo no notaste la falta de peso?

La muchacha, radiante ante el recuerdo, habló entre sí:

—(¡Precisamente en el momento de poner la sopa en la balanza fué cuando «Manos Largas», haciendo valer su apodo, me dió un delicioso abrazo!...)

Al día siguiente, la viuda de Cuétez descendió en persona a la tienda de comestibles de don Atilano, empleando más de una hora en regresar a casa.

A su vuelta, la dama dejó sobre la mesa de la cocina los envoltorios de cosas compradas, trasladándose a la alcoba para cambiar de vestido.

Con curiosidad femenil, la Ruperta se apresuró a repasar los paquetes traídos por su ama.

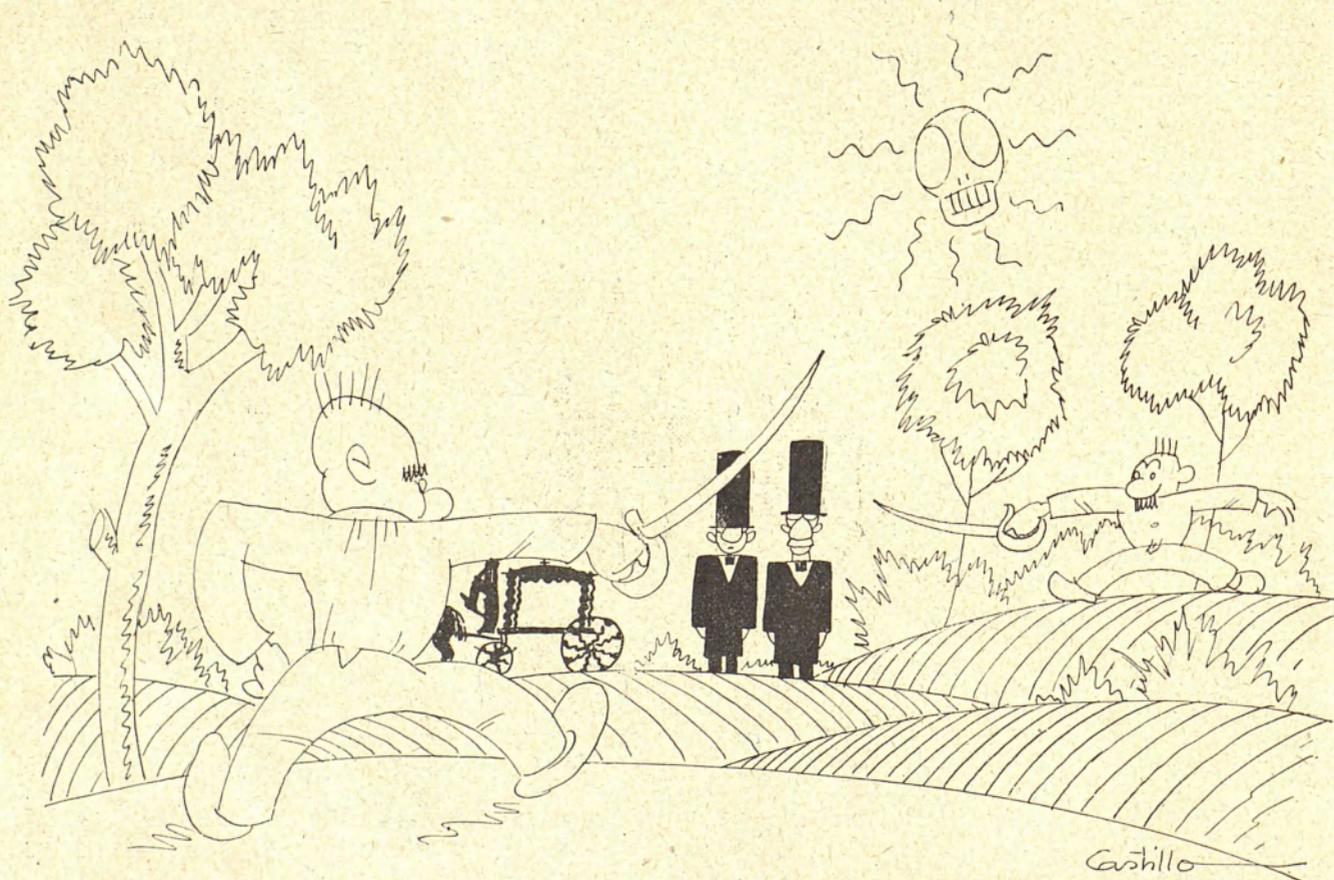
En la bolsa de las alubias faltaban cien gramos; en el saco de arroz existía una merma de casi cuarto kilo;

en el envoltorio del azúcar venía un cuarterón de menos.

Antes de que pudiese poner en la balanza los restantes líos se presentó en el lugar la dueña de la casa, ataviada con una bata de floripondios color lechuga.

—He notado que pesan muchos servicios sobre ti—objetó la señora de Cuétez, empujándosele un poco el rostro, sin duda a causa del calor que se desprendía del encendido y rojo fogón—. Quiero descargarte de algunos trabajos, Ruperta. En lo sucesivo, acudiré yo a comprar los comestibles.

LUIS ESTEBAN.



Los padrinos.—Bueno, o se baten ustedes, o nos vamos.
Los apadrinados.—Con estos sables tan cortos, ¡imposible!

Dib. CASTILLO. Madrid



—Esa es Polita, la que se presentó al concurso de belleza.
—¿Y no la eligieron «Miss República»?
—No; la falta sólo un pelo.

Dib. SAMA. Ampuero.

ALELUYAS INOCENTES

UNA HUELGA, DOS HUELGAS, TRES HUELGAS ..., QUINIENTAS HUELGAS ..

En España, ¡pero en toda!,
las huelgas están de moda.

Lo mismo hay huelgas en Pinto,
que en Cádiz, que en Javalquinto.

E igual hay huelgas en Jaca,
que en Cuenca, que en Carratraca.

No hablemos de Barcelona,
de Gerona, de Pamplona,

de Alicante, de Plasencia,
de Palencia, de Valencia,

de Córdoba, de Sevilla,
de Silla, de Argamasilla,

de Burgos, de Zaragoza,
de Albacete de Zorroza,

de Vitoria, de Bilbao,
de El Grao, de Calatorao,

y, en fin, de mil poblaciones
donde hay huelgas a montones.

Pues no hay hoy ciudad o aldea,
sea hermosa, o sea fea,

donde no huelgue el obrero
con gesto terrible y fiero.

Todo hombre que viste *mono*
trae de cabeza al patrono,

y sale a la vía pública
diciendo: «que la República

debe hacer que, el que trabaja,
consiga al fin sacar raja»

(cosa que estimo muy justa
aunque al patrón le disgusta,

y que creo pertinente
aunque al patrón le reviente).

Porque, seamos sinceros,
¿es justo que hoy haya obreros

que ganen seis pesetillas
por limpiar alcantarillas?

A mi, ¡la verdad!, me duele
que, en sitio que tan mal huele,

haya personas discretas
y honradas, por seis pesetas.

¿Por qué no subir a diez
ese jornal, de una vez,

a esos hombres infelices
que destrozan sus narices?

Exactamente igual digo
del hombre que siega el trigo,

pues no es decente, ni humano,
que se le obligue a ir al grano,

y, después de hacer cien haces,
haya patronos capaces

de ofrecerle medio duro
mientras ellos fuman puro...

¿Y qué decir del obrero
que se mete a farolero

y enciende y apaga el gas
por seis pesetas no más?

¿No tiene muchos bemoles
que, el que enciende los faroles,

y en eso emplea su vida,
no saque *la luz* debida?...

Tampoco debo olvidar
al carpintero de armar,

que no sé por qué se alarma
la gente cuando la arma,

si el hombre tiene razón
para coger un tablón

y descargarlo con furia
sobre el patrón que le injuria...

Y tampoco olvidar quiero
al sufrido panadero,

que, después de ganar poco,
trabajando como un loco,

si en la huelga se propasa,
le califican de *masa*,

confundiendo a su persona
con lo que hay en la tahona...

¿Y ese pobre pescador
que se mete en un vapor

y está allí, preso en sus redes,
para que coman ustedes

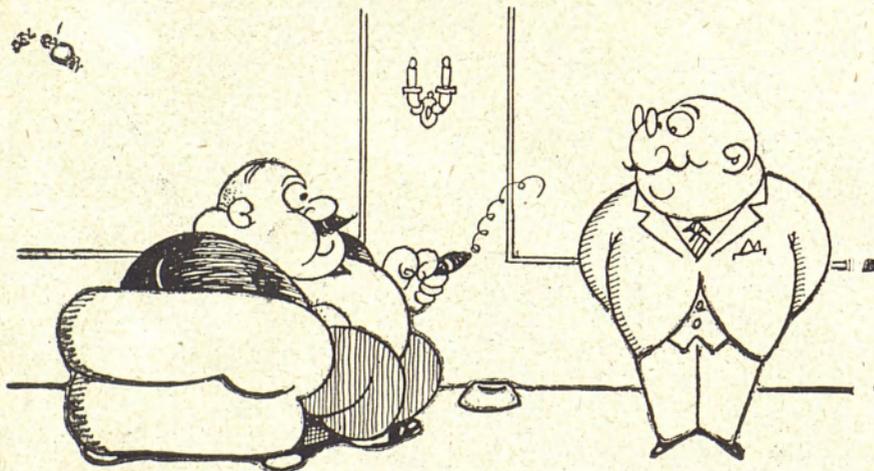
sardinias bien escamadas
y pescadillas saladas?

¿No es injusto, a todas luces,
que en los mares andaluces,

y que, en los mares del Norte,
mil injusticias soporte;

y, si pide más jornal,
no suelte el patrón ni un real

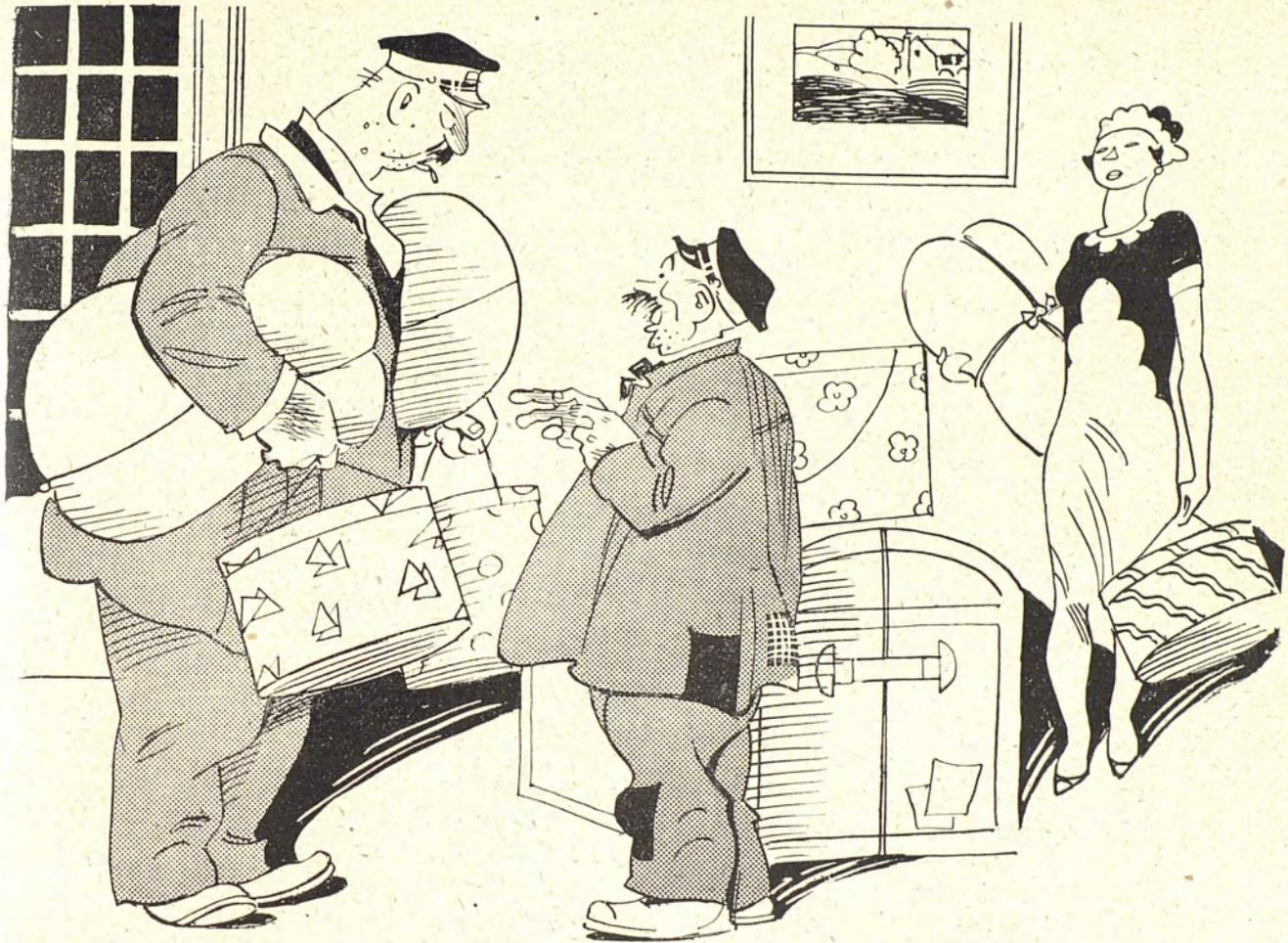
y diga que arma la gresca
sin saber lo que se pesca?...



—¡Qué mujer! Desde que se murió su marido no hace más que beber
«champán».

—Sí, pero es de la «Viuda».

Dib. DEL RÍO. Barcelona.



—¿Cómo te has retrasado tanto, Agripino?
 —Líos de mujeres, Abdón. ¡Que hay cosas que un hombre no *pué* echárselas a la espalda así como así!
 —Tú conoces el mundo, galán.

Dib. ARRUGER. Madrid.

¡No, no es justo que el barbero,
 ni el albañil, ni el cartero,
 ni el chófer, ni el ebanista,
 ni el sastré, ni el maquinista,
 ni el cargador de patatas,
 ni el vendedor de corbatas,
 vivan peor que el banquero,
 que el ministro, que el torero,
 que el obispo, que el rentista,
 que el tenor y el pugilista!...
 ¡No es justo que haya marqueses
 que, con formas descorteses,
 desprecien al proletariado
 diciendo que es ordinario,
 sin comprender que, el que gana
 diez duros a la semana,

no puede aprender francés,
 ni en *Sakuska* tomar té,
 ni haber leído el *Quijote*,
 ni tratarse con Chicote!...
 ¡Me explico, pues, que haya huelga!
 ¡Que haya huelga y lo que cuel-
 [ga!...
 ¡¡Y que la cuestión social
 a ratos se ponga mal!!!!...
 ¡!!!Y que el obrero que ayuna
 se enfade, y pida la luna!!!!...
 ¡!!!Y que la C. N. T.
 amenace a la U. G. T.!!!!
 ¡!!!Y que la F. A. I.
 diga hoy *no* y mañana *sí*!!!!...
 ¡!!!Y que asegure *El Debate*
 que esto tendrá mal remate!!!!...

¡!!!Y que sostenga *La Voz*
 que va a haber un lío atroz!!!!...

¡!!!Y que diga *El Liberal*
 que hay que ir contra el capi-
 [tal!!!!

¡!!!Y que afirme el A. B. C.
 que esto ya es el R. I. P.!!!!...

¡Pero, bueno, a qué alarmarse
 de manera exagerada!...
 ¡Hay, amigos, que adaptarse
 a la costumbre implantada!...
 ¡Todo es hasta acostumbrarse!...
 ¡Vengan huelgas en manada!...
 ¿Quién quiere un duro apostarse
 a que aquí no pasa nada?...

ERNESTO POLO,

TODO ES CAZAR

—Tomás, ¿qué tal el verano?
—Lo paso muy bien, don Juan.
Ayer estuve de caza,
que es lo que me gusta más.
—¿En Monteliebre?

—Allí mismo.
—¿Cazaste mucho?

—¡La mar!
Desde las diez de la noche
hasta las cinco de la
mañana.

—¿Sí? ¡Reconfucio!

¡Qué horitas para cazar!
—¡Qué quiere usted! Allí las piezas
no se concluyen jamás.
—¿Habrá muchas?

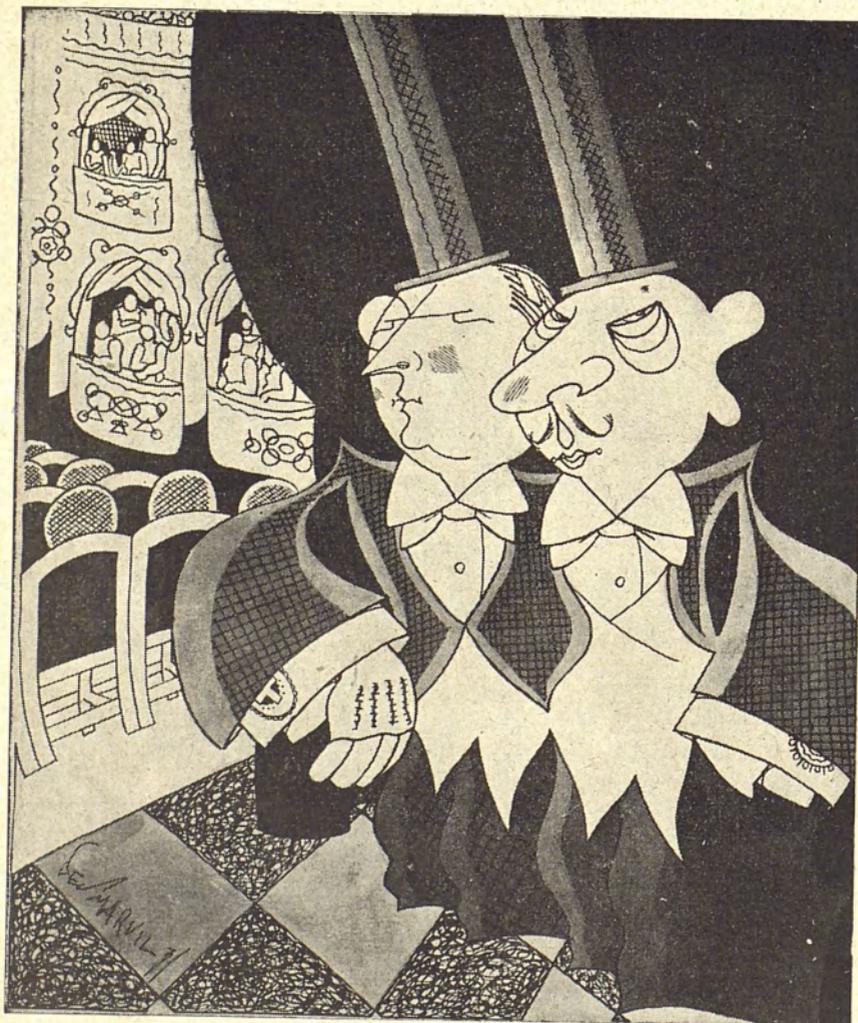
—A cientos.
—¿Correrían...
—Sí; de tal
manera, que era difícil
cobrarlas.

—¡Qué atrocidad!
—Corrían... las que corrían;

que otras volaban.

—Ya, ya...
supongo que los conejos
no volarían, y las
perdices no correrían...
más de lo que es regular.
—Pero, ¿qué está usted diciendo?
¿Perdices? ¿Conejos?... ¡Quiá!
Usted no me ha comprendido.
Llegué allí de noche, y ¡zas!,
así que posé mis huesos
en la cama que Pilar,
la guardesa, en su casilla
me tenía prepará,
hubo cacería regia,
o, lo que es lo mismo, real;
es decir, real y efectiva;
y cacé con tanto afán,
que de volátiles (moscas),
cobré una *sinfinidad*,
y de *chupátiles* (chinchas),
llegué a cobrar mucho más.
Mejor dicho, aquellas piezas,
quien las cobró de verdad,
fué la guardesa; mas yo
no las quise transportar
a Madrid, por si intentaban
salírseme del morral
y hacerme pagar derechos
a los de la Sanidad,
pues hoy tributan las carnes
como antes el azafrán.
—¿Y llevabas tú dos perras?
—Sí, amigo; más, por mi mal,
se me perdió la *Chelito*,
que es una preciosidad.
—¿Y no cazaste en el campo?
—De eso... ni agua. Al clarear
me vine a Madrid tan sólo
con una *perra*... y en paz.

... ..
¡Cuántos hay, en este tiempo,
que, porque el veranear
o el cazar dan tono, sufren
lo que el infeliz Tomás,
mientras tanto el que suscribe
no se mueve, la verdad,
sino a caza de noticias...
(que también pueden *picar*).



—¡Qué volumen tan enorme de voz tiene esta tiple! No cabe en el teatro.

—¿Te parece que nos vayamos para dejarla sitio?

Dib. DESMARVIL. Madrid.

JUAN PÉREZ ZUÑIGA.

POR QUÉ ME MATÓ MI AMIGO PEPE

Yo me resistía.
—No puedo ir, Pepe. Tengo muchas cosas que hacer y me es imposible.

Mi amigo Pepe insistió:
—No seas tonto, hombre; deja todo. Jamás podrás oír tan buen flamenco como en esta ocasión.

—No te lo niego, Pepe; pero me es completamente imposible. Otra vez será.

—Ha de ser ahora. Tu no has estado nunca, y quiero que sea hoy el día señalado para tu «debut» como espectador...

Claudiqué.
Y me fuí con mi amigo a la «ópera flamenca».

Era la primera vez que asistía a ese espectáculo.

La sala del teatro emanaba casticismo. Nos sentamos.

Poco después salieron dos hombres. El uno, llevaba una guitarra. El otro, unas sortijas del tamaño de la Abadía de Westminster.

Se sentaron.
Varios señores se desinflaron en la sala...

—¡Chtssss!...
Y el de la guitarra comenzó a tocar, tras de un preliminar rasgueo tentador.

El silencio en la sala podía palpase.

Yo no me atrevía a revolverme en mi butaca.

La gente sonreía complacida y algunos cerraban los ojos.

De pronto, todo el teatro gritó:
—¡Olé!

Me llevé un susto tremendo y me levanté creyendo que sucedía algo.

Inmediatamente el público empezó a chillar.

—¡Que se siente ese tío! («Ese tío» era yo.)

—¡Que se arrugue!

—¡Silencio!!

Me senté, avergonzado de mi propia inocencia. Todavía siguieron mandándome callar, con esa costumbre tan española de imponer silencio armando un escándalo espantoso.

De repente, un gemido rasgó el aire:

—¡Ay!

Esta vez mi sobresalto no tuvo límites, y me levanté de un salto.

El gemido había partido del escenario y lo había lanzado el hombre de las sortijas, que se llevaba la mano al vacío izquierdo.

Me dió pena.

Pero —inmediatamente reaccioné. Mi amigo me tiraba de la americana. Ya era tarde. El público rugió contra mí:

—¡Que le aten a la butaca!

—¡Que le echen!

—¡Que le maten!

—¡Que se vaya!

—¡Que se siente!

—¡Que se calle!

Todos los espectadores tuvieron

para mí frases escogidas. Sonreí estúpidamente y me senté de golpe. Pero dentro de mi alma había algo de amargura y de indignación.

Un nuevo gemido hirió mi sensible temperamento:

—¡¡Ay!!

A éste siguieron tres más:

—¡¡Ay, ay!!!... ¡¡¡¡Ay!!!!!!...

Me volví a mi amigo, y le dije:

—Me parece inhumano que ha-



—Oiga, camarero: esta habitación está llena de chinches.

—¡Vaya una noticia, señorita! Todos los viajeros dicen lo mismo.

Dib. GASTÓN MAS, París.

gan salir a trabajar a ese hombre enfermo. Fíjate qué cara pone y cómo se queja. Debe de tener unos dolores horribles en el bazo.

—¡Cállate!—me dijo mi amigo Pepe, en voz baja—. ¡Está cantando flamenco!

—¿Qué dices?...

—Que eso es un fandanguillo.

Lancé una fuerte carcajada.

Doscientas catorce caras se volvieron hacia mí, como mascarillas de ira, y me lanzaron criminales miradas, como puñaladas, que me recorrieron todo el cuerpo, deteniéndose en el corazón.

Afortunadamente resulté ileso.

El infeliz enfermo empezó entonces a cantar, con palabras algo articuladas.

Presté atención. Aquello comenzaba a interesarme.

Del altavoz bucal del «cantaor» salía una copla, mezclada con hipos dolorosos y lamentos incontinentes, en un torrente de tristezas.

¡Horrible! ¡Verdaderamente espantoso!... Su madre le abandonó al nacer, y está solo y «probe»...

Aquí surgió mi primera ignorancia.

Me volví a mi amigo y le pregunté:

—¿Qué quiere decir «probe»?...

—Pobre.

—¡No creo que la cosa sea para compadecerme, caray! ¡Que yo no sepa lo que significa «probe» no es una...

—¡Idiota! ¡Cállate!

El artista seguía cantando.

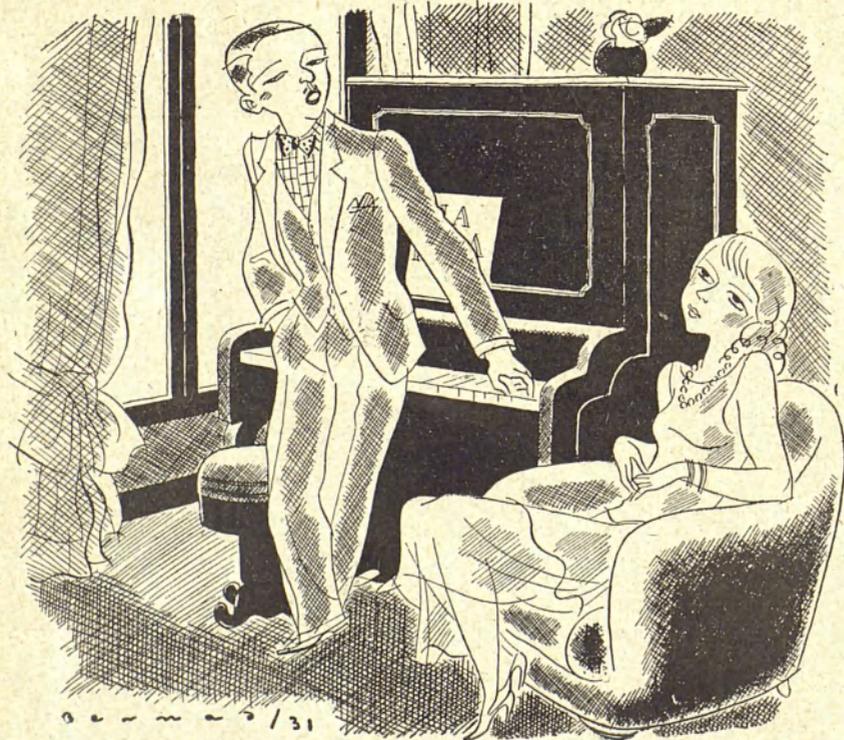
Ahora aseguraba que una mujer no debía llamarse Dolores, porque el que los tenía era él.

Yo afirmé con la cabeza, convencido de la verdad de estas manifestaciones.

Luego empezó a cantar algo que me interesó:

«Roto, de ta to llorar,
tengo el cristal de mis ojos;
roto, de tanto llorar.
Mujer de malas entrañas,
si no me quieres «pa ná»,
¿por qué no...».

—¡¡¡O'é!!!—rugió la gente.



—Qué mal toca el piano esta Josefina; se conoce que no ha aprendido a tocarlo.

—Mujer, lo ha tocado mucho: cuando era doncella le quitaba todos los días el polvo...

Dib. BERNAD, París.

—¿Cómo ha dicho?—pregunté yo a mi amigo.

—No sé—me contestó éste.

Indudablemente, nuestra amistad se enfriaba.

Así sucedió seis veces más. Jamás pude percibir el desenlace de las coplas, que se ahogaba en el mar de las interrupciones. Aquello me molestó y me hizo despreciar el flamenco.

El guitarrista estaba tocando una cosa muy bonita. Pero el «cantaor» no me dejaba oírle, con sus acotaciones:

—¡¡¡O'é!!! ¡Y que viva Argamasi-lla de Alba, que es el pueblo de esta maravilla de niño!

(El «niño» tendría cincuenta y seis años y algunos meses.)

—Ole, ahí de los «tocaors» bonitos!

—¡Que viva Jerez de los Caballeros, que es el pueblo donde yo «nasí»!

—¡Y Alicante, que es el pueblo del empresario!

Me dirigí a mi amigo, y le dije:

—Estos son los peligros del separatismo, Pepe.

El de la guitarra decía:

—¡Viva Pueblo Nuevo del Terrible!

—¿Y qué me dicen ustedes de Santander, que es mi tierra?—pregunté yo, levantándome.

Pepe me sentó a la fuerza.

Me miró de arriba a abajo y me escupió en el rostro este insulto:

—Eres un idiota.

—¡¡¡Oie!!!—gritó entonces todo el público.

Me enemisté con todos y decidí vengarme.

Y así lo hice. En el siguiente fandanguillo interrumpí al «cantaor» cuando empezaba:

«A la mujer de la «vía»

no la trates con desdén...»

¡Que saca una banderita

y no descarrila el tren!...

grité, con todas mis fuerzas.

Todo el teatro rugió contra mí. El cantante se levantó iracundo. El «tocaor» enarboló la guitarra.

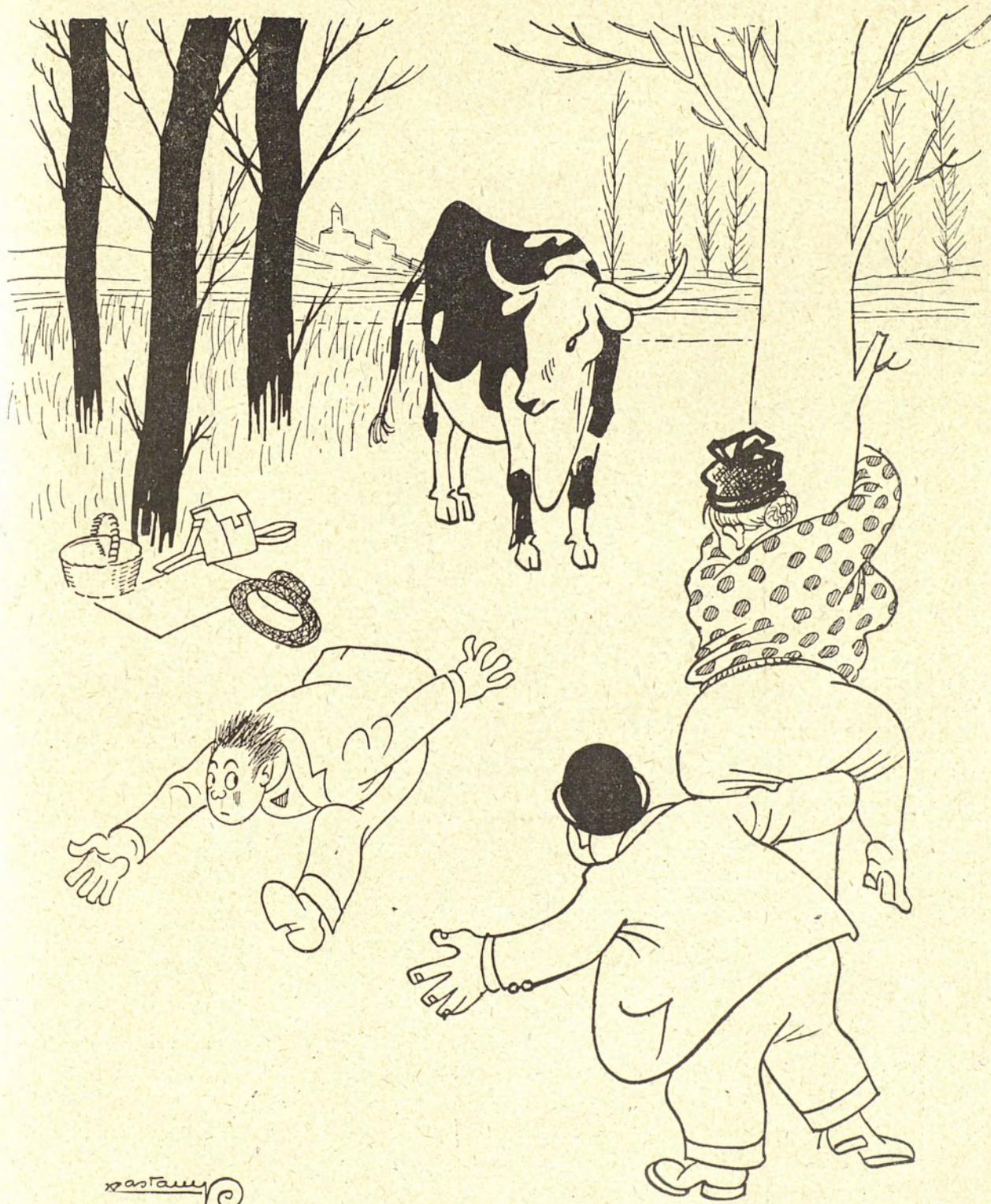
Yo huí. Detrás de mí corrió mi amigo Pepe...

Ya lejos del teatro, nos detuvimos para tomar aliento.

—El flamenco no me gusta—dije a mi amigo—. Es poco emotivo.

Pepe no dijo nada. Lentamente sacó un revólver y disparó sobre mí todas las cápsulas. Y yo caí al suelo. Muerto.

ALFREDO MATILLA



—¡Oye, Juanito, no corras; tu madre y yo ya no nos oponemos a que seas torero!...

Dib. CASTANYS. Barcelona.

CASAMIENTO IMPROVISADO

Del café trascendía un olor a gambas de las que se venden en los carros ambulantes. A pesar de ello, el «numeroso sexteto» seguía disgustándose con Tchaikowski. Reclinándose en los veladores, muchos «veadores» más: los parroquianos charlatanes. Petronio Pozáldez, consecuente importador de bacalao, llevaba siete horas hablando y otras siete con la misma taza de tila.

—¿Habéis leído a Paul Morand?

—Se vende poco en España.

—Sin eufemismos: se comprende poco. Pues bien: en «La Europa galante» escribe Morand: «Después de comer, todo el mundo reconoce que el placer del trabajo no existe ya.

Laméntase la ola de pereza, sin pensar en que, gracias a ella, hay asesinos que no pueden abandonar el lecho para ir a matar y ladrones que se retrasan en las playas, dejándose pasar la época de las fracturas.» Y yo añado: esa ola de pereza es la que nos obliga a permanecer solteros.

—Menos a mí—dijo el pálido fabricante de purpurinas Quirico Quirinal—. Yo me caso mañana. Por cierto que tú tienes que asistir a mi boda.

El aludido, Filiberto Sesúмага, fogoso empleado del Monopolio de Petróleos, se bebió una jarra de agua congelada.

—Iré a tu boda—carraspeó cuando hubo agotado la jarra.

Al día siguiente todos los invitados aguardaban en la plaza de Dos de Mayo, frente a la iglesia de San Justo y Pastor. Entre ellos y los mendigos sumaban quinientas personas. Cumpliendo «a promesa hecna en el café a su amigo Quirico», llegó Filiberto Sesúмага, embutido en su «elefante» de 115 pesetas. Eran las once de la mañana y no había desayunado. Tampoco los demás concurrentes. En las bodas nadie se desayuna hasta que el padrino paga todos los desayunos en el café.

La presencia de Filiberto Sesúмага produjo un movimiento concéntrico de curiosidad.

—¡Viva el novio!—gritaron todos los invitados.

—¿Dónde está el novio?—preguntó Filiberto.

—No pretenda desentenderse de su compromiso—le reconviniéron—. ¡El novio es usted!

Las tres parejas de guardias, enviadas por la Dirección general de Seguridad para proteger a los contrayentes, confirmaron, inapelables:

—No lo disimule, caballero. Todos sabemos que es usted el novio.

A poco llegó, en un taxi, Erundina Chinchortas, la novia. Estaba muy confortable con su vestido ochocentista.

—¿Y mi prometido?—inquirió.

—¡Aquí está!

—¡Ya era hora!

Y Filiberto recibió en sus brazos la violencia, uzcudiana, de las 193 libras de Erundina.

—¡Te quiero!—le acarició su futura—. Te quiero como quieren los guardias de la porra a los aparatos controladores de tráfico.

Y, siguiendo el símil, la novia pasó, camaleónticamente, del color rojo al ámbar, y del ámbar al verde. Entonces la comitiva cruzó la calle y se metió en la iglesia.

Terminada la ceremonia epitalámica, Filiberto Sesúмага no tuvo otro remedio que proponer a Erundina:

—¿Nos vamos de viaje?

—Sí—constestó ella ocultando la flor de azahar—. Nos iremos por la estación del Niño Jesús.

A los sesenta minutos, los recién casados pedían dos terceras para Cornicabra. El taquillero les entregó los billetes y Filiberto salió corriendo, como Paavo Nurmi, hacia el mozo de equipajes:

—¡Me han cobrado cincuenta céntimos de más!

—Es el seguro obligatorio—le respondió aquél, dándose importancia legislativa.



CASO DE URGENCIA

El profesor.—Un señor se cae de un tranvía, se disloca un pie y se queja horriblemente, ¿qué haría usted?

El alumno.—Pues... quejarme también.

Dib. SERNA. Madrid.

GAMITO ITURRALDE.

GOMEZ ENTREGA A RODRIGUEZ UN SOBRE DE PARTE DE PEREZ

Tenía el escritor León Rodríguez que escribir un articulito; pero tenía, asimismo, que entregar a un don Luis Gómez, industrial, unos documentos o escrituras. Dos cosas compatibles, parecía...

Había ido un amigo y le había dicho: «Mira, mañana, a las doce, irá a buscarte al café este amigo mío, Luis Gómez; haz el favor de darle estos papeles.»

Así, a primera vista, parecía cosa sencilla: «¿Señor Rodríguez?» «Servidor... ¿Es usted el señor Gómez?» «Para servirle...» «Pues, nada, aquí tiene usted: Pérez me ha dado para usted estos papeles.» «En efecto, muchas gracias.» «De nada, señor Gómez.» «Usted lo pase bien, señor Rodríguez.» Cinco minutos escasos, y ¡a! avió!: don Luis Gómez a su industria; Rodríguez, a sus cuartillas. Pero ¡quía!

Don Luis Gómez, por lo pronto, tardó en encontrar a Rodríguez media hora. Se habían citado en un café por vivir uno en Tetuán y el otro en los barrios bajos. Y una vez en el café, que si en vez de preguntar al camarero preguntó en el mostrador; que si se confundió el camarero; que si no le entendió bien, lo cierto es que Rodríguez (don León) y Gómez (don Luis) pasaron ambos a dos su media hora cada cual en sus respectivas mesas sin que don León supiera quién era don Luis y don Luis quién era don León.

Así que a las doce y media vinieron los comentarios y las explicaciones recíprocas.

—Caramba, pero si yo estaba ahí.

—Pues mire usted que yo, como le veía solo, me decía: «Si será...» Pero como había otros diez que también estaban solos, pues yo me decía también...

—Ya, ya...

—Caramba, hombre, caramba... Ya me pasó también otra mañana.

El incidente trae por consecuencia que pasa un cuarto de hora entre aclaraciones, comentarios, reiteraciones y glosas.

Luego ya, se pasa al tema:

—Pues mi amigo Pérez me dijo que usted me daría...

—Sí, señor; este es el sobre con los documentos que le dijo.

Don Luis Gómez coge el sobre; pero no se va con el sobre, sino que coloca a Rodríguez la historia de cómo él, don Luis Gómez, conoció a Pérez en Cuenca: le dice por qué va a Cuenca; por qué conoció a Pérez y por qué una noche hablando salió

la conversación de que él necesitaba unos papeles y fué cuando Pérez se ofreció a que Rodríguez se viera con él, con Gómez, en el café para hacerle entrega de ellos.

Todo esto lo explica Gómez; pero no se crean ustedes que lo explica así como así; lo explica con todos sus pelos y con todas sus señas; con todas las señas y los pelos que maldita la falta que hacen. Verbigracia:

—Porque estábamos el sábado... No, no, miento; no era el sábado: era el miércoles, el miércoles; es que como el lunes fué fiesta, me creí que era domingo y que el anterior era sábado... Pues estábamos el miércoles tomando una cerveza... Nos reunimos una pena por las tardes, porque como allí—sabe usted—no hay distracciones... etc., etc.

Cuando acaba don León la histo-

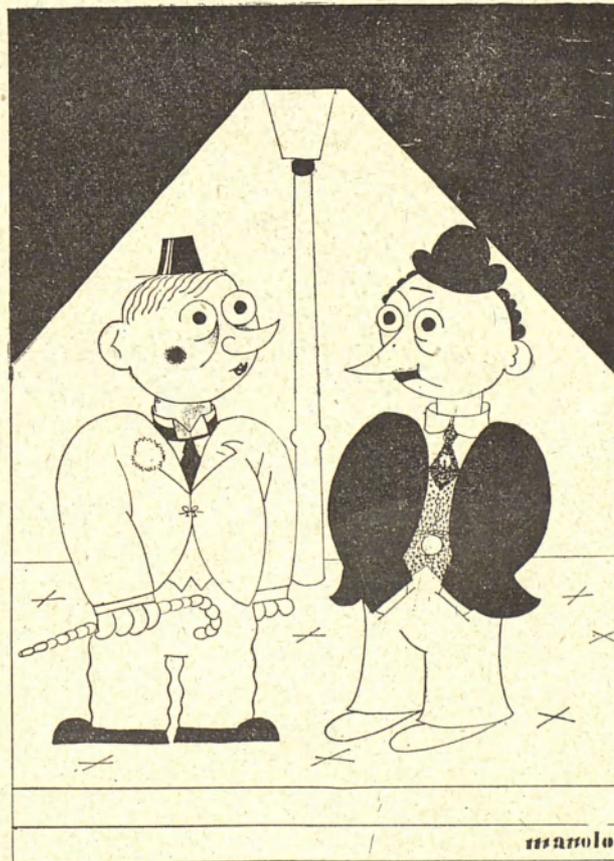
ria de Rodríguez y de Cuenca es ya la una y media. Rodríguez, viendo el reloj, piensa que si el otro se va podrá hasta las dos y media escribirse, por lo menos, medio artículo...

Pero ocurre que en ese mismo instante aparece en el café una monjita que va, desde hace años, por los cafés de Madrid pidiendo una limosna para los niños pobres, y entonces don León se dedica a volcar sobre la mesa todas las ideas que contiene su cabeza al respecto de las monjas y otros varios...

Don León dice:

1.º A ningún pobre de pedir dejan entrar en los cafés, y, en cambio, a estas monjas, sí... Eso no es justo, pues si hay prohibición para unos, debe haberla para todos.

2.º Ahora que estas monjas son cosa aparte, porque ¡hay que ver la



—¿Le dijo mi hermano si había recibido mis cartas?
—Una de ellas, sí; pero en la que le pedías dinero, dice que no la recibió.

Dib. MANOLO. Madrid.

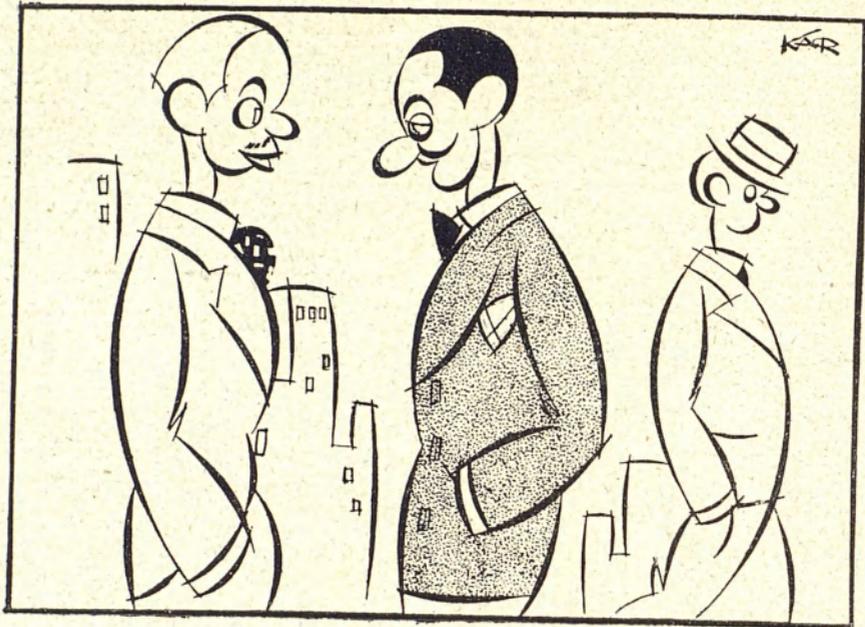
de criaturitas que tienen a su cargo!...

(El contenido del apartado 2.º ha hecho inútil—como pueden ustedes observar—el apartado 1.º) Rodríguez piensa, pues, que no sabe por qué ha dicho Gómez lo 1.º si había de decir a continuación lo 2.º.

3.º Es lo mismo que ocurrió con la quema de los conventos... Quemar los conventos que tienen criaturas recogidas, eso no... Ahora, algunos como esos... que han obligado a torcer el trazado de la Gran Vía por no ceder el terreno... ¡Eso, no señor!... La Ley ha de ser para todos... Y eso de que por ser curas hagan lo que quieran, eso no...

4.º Lo mismo pasó por mis barrios con un señor que era dueño de unos terrenos: tapió cinco calles... ¡Así!... Y es que el terreno era suyo, y dijo: «Si lo quieren, que lo paguen.»

Rodríguez piensa que el apartado 4.º ofrece la particularidad de hacer polvo el argumento asentado en el apartado 3.º: si Gómez mismo es el que dice a Rodríguez que un particular se ha opuesto a las leyes, lo mismo que los curas, ¿porqué ha he-



—Y cuando la bese oía a tabaco.
—¿Pero es que te molesta que una mujer fume?
—No; pero es que ella no fuma.

Dib. KAR, Valencia.



—¿Presentó usted su cuadro en la Exposición?
—Sí, pero lo indultaron.
—¿Cómo?
—Sí, que no lo colgaron.

Dib. PONITO, Jerez.

cho perder el tiempo a Rodríguez diciendo que sólo los curas son los que hacen esas cosas? Rodríguez suspira, calla y... oye el apartado 5.º.

5.º A mi padre le pasó... Mi padre tenía una casa y al querer ensanchar la calle, obstruía la casa de mi padre casi la mitad de la vía... El Municipio le dijo que le pagarían la expropiación; pero que las obras urgían y era precisamente todo derribar la casa... Mi padre dejó que la derribaran, y ¡hasta hoy!, y luego no le pagaron... Así es que yo comprendo lo que hizo ese otro de decir: «No... a mí, no; o me pagáis, o ¡aquí quieto...!»

... Cuando el señor Gómez se detuvo y se calló y se despidió de Rodríguez, eran las tres menos cuarto. El quinto y último apartado había cerrado el ciclo de los razonamientos de Gómez anulando el anterior, como los otros... Es decir, que el buen don Luis Gómez había empleado dos horas en hablar por hablar: en exponer argumentos que se rebatía a sí mismo: en decir que ante todo, lo primero solo que antes de nada lo segundo...

Y así desde las doce hasta las tres. Todo para que don Luis Gómez realizara la sencilla operación de decir a León Rodríguez: «Usted es Rodríguez, ¿verdad? Pues tenga usted este encargo de parte del señor Pérez...»

MANUEL ABRIL.



La señora.—Mira, Pascual, antes de que me presentes a ese caballero, me vas a permitir que le ofrezca un mantecado.

El caballero.—¡Caramba! ¡No esperaba yo un recibimiento tan frío!

Dib. FUENTE. Piedralaves.

TRAGEDIAS VULGARES

EL RATERO

He cometido la tontería de dejarme robar una cartera y cuidado que quitarme una cartera es más difícil que quitársela a Romanones!; pero el caso es que en un momento de mala pata, y sólo así se explica, me la robaron

No hagan ustedes ese gesto de displicencia indicador de que tal vulgaridad les tiene sin cuidado, no; léame, porque de lo que les voy a decir sacarán provechosas consecuencias.

No sé como fué. Hago conjeturas y supongo que quizá en aquel encontronazo al subir al tranvía, el caballero rubio, la dama enlutada o el jovencito de la derecha la extrajeron de mi bolsillo.

Ahora bien: la culpa de que a mí y a mí!, me hayan robado una cartera es únicamente de esos letreritos tan profusamente distribuidos en todos los lugares de aglomeración: *cuidado con los rateros*. De la idea perennemente fija que han logrado formar en nuestro cerebro tales letreritos, nace mi descuido para que el robo pudiera verificarse.

Porque, sin duda alguna, es un acierto la exposición de tales avisos; pero tiene un grave, gravísimo, inconveniente: que son incompletos. Nos dicen *cuidado con los rateros* y no nos dan la menor idea de quién es el ratero. Les falta, como a muchos diputados, explicación. Nadie, en las antiguas Cortes, y quizá menos

en las actuales, podía explicarse por qué tal señor era diputado; lo mismo, exactamente lo mismo, que nos ocurre con los letreritos.

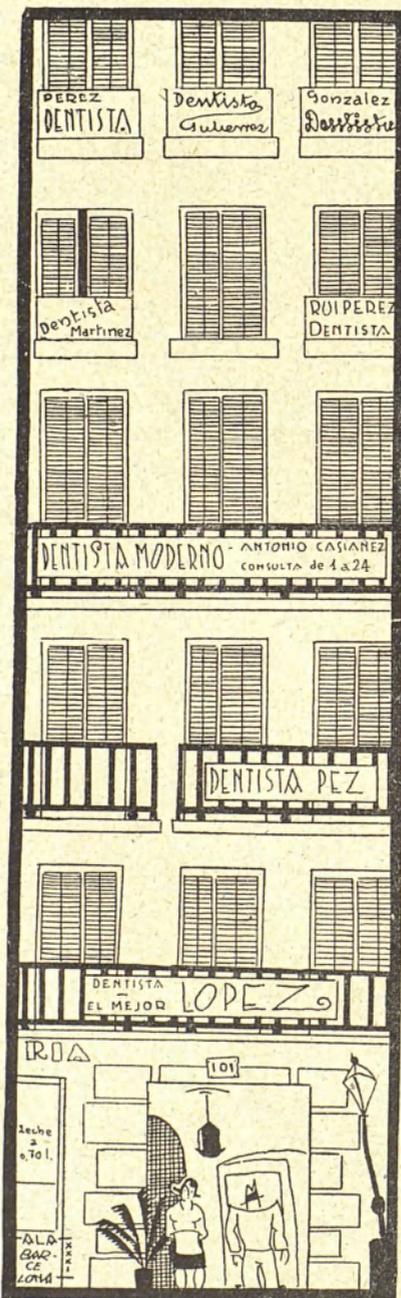
El aviso está bien; hace que nos pongamos en guardia ante la perspectiva de que podamos topar con un ratero; pero, ¿cómo sabremos cuál es? Yo, por ejemplo, al subir al tranvía no vi en ninguno de los ocupantes de la plataforma los rasgos característicos del ratero y de la tranquilidad que ello me produjo, nació la pérdida de mi cartera. De todos modos, y con arreglo a lógica, no he denunciado la sustracción ni pienso hacerlo.

Les veo extrañados de mi pasividad para quedarme sin cartera. No están acostumbrados a ver pacíficamente esta crisis. No obstante les aconsejo que, cuando se encuentren en mi caso, hagan lo propio. Verán:

Un amigo mío, Antonio Renovales, cometió la torpeza de dejarse quitar un reloj. Denunció el hecho a la Comisaría. Al día siguiente tuvo que ir a ratificar la denuncia al Juzgado. A los ocho días le llamaron para que viese una cuerda de detenidos por si encontraba en ella alguna cara conocida. Renovales comprobó que aquella cuerda no tenía que ver con su reloj. Pocos días después volvieron a llamarle para otra diligencia. Por fin pareció el reloj, pero ni era el suyo ni se lo dieron, como es natural, puesto que no le pertenecía. Lo único que consiguió fué poner de manifiesto la buena voluntad de los encargados de encontrar las cosas que se pierden, si bien en aquel caso no sirviera para evitar a Renovales la pérdida de su *taxis de vida*.

Mi amigo se irritó. El médico le recetó zorzaparrilla y ahí paró la cosa.

Yo soy hombre de muchas ocupaciones. Por otra parte, no me seduce la asistencia a Juzgados, Comisarias, etc.; destesto los procedimientos excesivamente protocolarios. No quiero hacer la denuncia del robo por no exponerme a sus consecuencias. Además, ¿cómo podría asegurar que la cartera era mía si se la acababa de quitar a un caballero poco antes de subir al tranvía?



—Me hace usted el favor, ¿en qué piso es el dentista?

Dib. ALA. Barcelona.

JOSÉ SEVER.

OROCREMA
JABON DE ALMENDRAS

USELO
ES EL MEJOR TRATADO
DE BELLEZA DE LA 1932

ES UN PRODUCTO DE
**LOS PERFUMES
DE TASARA**
BADALONA

CORRESPONDENCIA

MUY PARTICULAR

P. L. R. (Alcázar de San Juan).—No sé si colocado ante un pesebre bien surtido logrará usted un éxito de oportunidad, pero casi estoy por atreverme a asegurar firmemente que sí.

Cronos. (Madrid.)
Son muy malos esos «monos» pintados en fuertes tonos y con diversos colores. ¿Malos he dicho? ¡Peores, esforzado amigo Cronos!

Josefo (Valencia).—Sí, señor, aquí se paga todo... ¡Bueno, o casi todo!... Porque eso que nos ha remitido usted, no estamos dispuestos a pagarlo de ninguna manera.

F. L. M. (Logroño).—Son demasiadas haches las que le faltan a su artículo, y es mucha la estupidez que le sobra, para que podamos pensar, ni en broma, en someterlo a la consideración de los lectores. El pitoreo de los mismos tomaría tan estrepitosos caracteres, que lo oírían en Sebastopol.

P. F. B. (Lérida).—Como tener gracia, ¡la verdad!, no tiene ninguna; pero, en cambio, es de un mal olor tan acentuado, que rebasa todas las posibilidades de nuestra benevolencia.

T. R. V. (Madrid).—Es de una sosería tan acentuada, que nuestros lectores caerían horriblemente dormidos, para varias horas largas, antes de llegar a la mitad de la narración.

Paquiro (Granada).
Ni sus versos «El retiron», ni su cuento «El navegante», hay gachó que los aguante, querido amigo Paquiro. ¿No habrá quién le pegue un [tiro, por detrás o por delante?

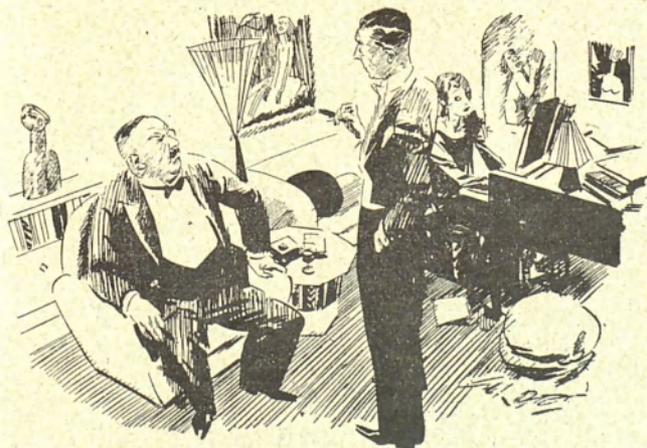
E. M. L. (Salamanca).—El de usted es el décimoquinto trabajo relativo al cardinal Segura que rechazamos en lo que va de mes. ¿Por qué no envían ustedes esas cosas a «El Debate»? Porque BUEN HUMOR, en esas tristes pláticas

familiares, ha resuelto proceder de una manera lo más inhibitoria posible.

Paf (Zaragoza).—De los cuatro «monos» que usted se ha servido mandarnos, hemos seleccionado uno para su publicación y hemos depositado los otros tres en el cesto, sin que creamos que usted tenga el menor derecho de ofenderse por esta diferencia de trato.

C. H. S. (Alicante).—No dejamos de estar absolutamente de acuerdo con su parecer de que «...los ministros como Azaña son los que hacen falta a España.»

Pero el resto de su poético desahogo deriva hacia unas profundidades tan peligrosas, que eso de la camisa de once varas es una minucia comparado con el laberinto en que usted se introduce con desbozada inspiración.



El padre.—¿Usted quiere la mano de mi hija? Mi contestación depende de su situación financiera.

El novio.—¡Qué coincidencia! Mi situación financiera depende de su contestación.

(De *The Humorist*.)



—Perdón, señora, ¿tiene usted niños?

—No, señor.

—¿Y perros y gatos?

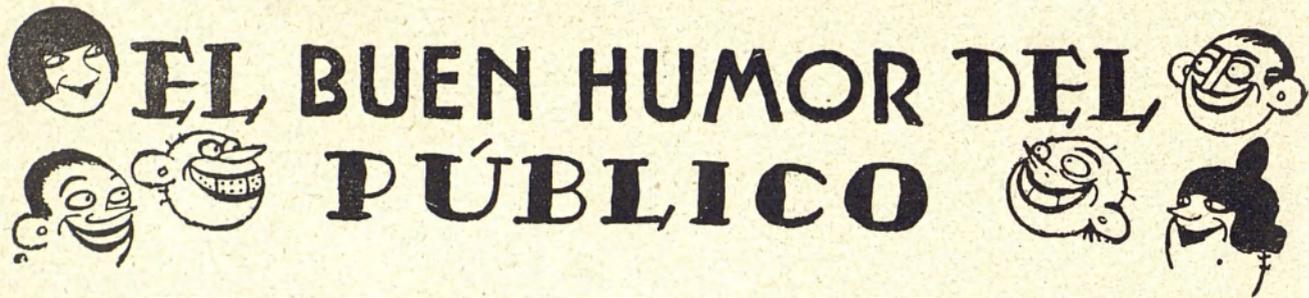
—No.

—¿Y radio con altavoz?

—No. Pero diga, ¿es usted del Ayuntamiento?

—No, señora; es que pienso alquilar la casa de al lado.

(De *The Humorist*.)



EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el **Concurso de chistes**».

Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR FOTOGRAFO PUERTA DEL SOL, 13

—Hola, chico! ¿Sabes qué hora es?

—La de que me pagues los cinco duros que me debes.

—Hombre, me parece que tu reloj se adelanta demasiado.

A. Fernández. (Torrelavega.)

HABLANDO POR TELEFONO

—¿Eres Pepe?

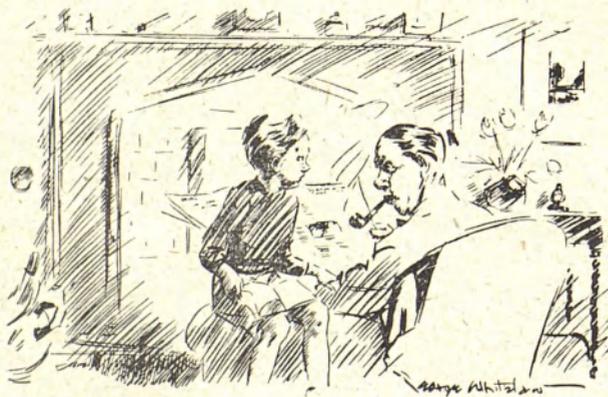
—Sí. ¿Quién me llama?

—Soy tu amigo Carrascosa.

—Pues no te había conocido.

—No es extraño. ¡Acabo de quitarme el bigote!

Ricardo Lorenzo. (Panamá.)



—¿Qué es un jefe, papá?

—Un jefe, hijo mío, es un hombre que va a la oficina demasiado tarde cuando yo voy temprano, y muy temprano, cuando yo voy tarde.

(De *Candide*.)

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha correspondido al siguiente:

—Señora, el cobrador de la luz eléctrica que trae la factura.

—Bien. Págueme con este billete de 500 pesetas, pero tenga cuidado. Si dice que no tiene cambio, que vuelva mañana.

Al cabo de un minuto se presenta de nuevo la criada.

—¡Señora!—exclama radiante—. Le di el billete al cobrador para que fuera en busca de cambio; pero no hay nada que temer, porque le he hecho dejar el paraguas...

Magano. (Vivero.)

Cierto día se encontraron en la capital de España un paleta y un madrileño guasón, que, viendo la cara de isidro de aquél, pensó pasar una buena tarde a su costa.

El paleta, después de muchas preguntas y declamaciones de asombro, le preguntó al madrileño:

—Oiga usted. ¿Por qué todas las calles llevan un nombre diferente?

A lo que contestó el madrileño:

—Todas las calles llevan nombres de personajes diferentes, y son también diferentes según los hechos desarrollados por aquellos señores. Unas son grandes y llevan el nombre de un político inteligente; otras, son pequeñas y estrechas, y llevan el nombre de un poeta poco floreciente.

Convencido el paleta con tales contestaciones, pasaron por diferentes calles, y, por fin, llegaron a la calle de Alcalá y cruzaron a la Gran Vía, y cuando hubieron terminado de recorrerla, y al llegar al final, el paleta le preguntó:

—Oiga usted, amigo; este se-

ñor Gran Vía debía ser un hombre muy listo, ¿no?

A. L. A. (Madrid.)

EL PICADOR MEDROSO

Cuentan de un célebre picador (por cierto el hombre un poco miedoso) que en un día de corrida le decía a uno de la cuadrilla:

—¡Oye, tú, m'alage; llévame er bicho al ocho! Y cuando le tenía allí le volvía a decir al pobre peón: «¡Anda, home, pónmelo en el dos!» Y luego: «Haz er favó, home, de llevármelo ar tré.» Y así se pasaba todo el tiempo, hasta que ya el peón, cansado de tanto pitoreo, le dijo:

—¡Pero home, zi donde tú quiere que te lo lleve no púer, porque eztán las puertas cerradas!

Franciscoff Gonzalveffins (Madrid.)

BUEN MATEMATICO

—De ocho a ocho, ¿cuántas van?

—Pues doce.

—¿Cómo?

—Sí, señor; dice mi papá que, desde las ocho de la noche que me acuerdo, hasta las ocho de la mañana que me levanto, van doce horas.

Pedro González (Madrid.)

El maestro.—¿Cuál es una de las propiedades del agua?

El discípulo.—Que cuando nos lavamos con ella se vuelve sucia.

Jonás (Arévalo.)



El policía sonámbulo.
(De *Le Rire*.)

DIALOGO

Ella.—Ahora asisto a las lecciones del Conservatorio.

El.—¿Y qué tal está de canto?

—Ella.—De canto estoy mal.

El.—Pues peor está usted de frente.

Palmirín (Santander).

Ventiladores

LOS MEJORES, LOS MÁS ECONÓMICOS, CON AIRE ESPECIAL PERFUMADO.

RAMON ROMERO

Fuencarral, 68. MADRID

Se presenta un moro en una farmacia y dice al farmacéutico: —¿Qué mandar tú a mí, que yo tener muchacho por barrigamífo?

—De ninguna manera—contestó el señor del mortero—; eso, no puede ser. Si así fuera, ganarías el premio.

—Mira, yo explicar a tú mucho claro, yo tener muchacho largo, mucho largo, como cinta.

Lo que tenía el pobre era una solitaria.

Ocideref Zenitram (Melilla).

Entraron dos baturros en una casa de comidas y pidieron un plato de judías. Estando comiéndolas, encontró uno de ellos entre las judías un trozo de tela que parecía ser de un pantalón, y mostrándolo a su compañero, le dijo:

—¡Oye, maño! Mira qué trozo de pantalón me he encontrado entre las judías.

A lo que contestó su compañero:

—¡Otra qué ridiós! ¿Qué querías por dos riales, que te hubieran dau el pantalón entero?

Cortadillo.

ENTRE NIÑOS

—¿Por qué se les llama dátiles a los dedos de la mano?

—¿...?

—Porque salen de la palma.

Jesús de la Barrera (Madrid).

CUPON

Correspondiente al núm. 503 de BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.

BARCELONA HOTEL PENSION BEAUSEJOUR FRASCATI
 Paseo de Gracia 23
 Casi frente Estación Apeadero de Gracia.
 Teléfono 20745-46
 De primer orden para familias distinguidas y extranjeros. Trato esmerado. Base de servicios Pension desde Ptas. 17'50. Cubierto, 5 Ptas.
 Descuento del 10% a los portadores de este anuncio

—¿En qué se parece una señorita a una iglesia y a una imprenta?

—En que tienen formas.

Juandarte y Estebangómez (Madrid).

Un paleta viene a Madrid y se aloja en casa de un pariente. Este ve que aquél trae unos melenas de poeta novel y se lo hace observar.

—Había sólo un peluquero en el pueblo y murió hace unas semanas—dijo el paleta.

Los niños, que escuchaban atentos, al oír esto exclamaron:

—¡Papá, papá! Vámonos a vivir a ese pueblo.

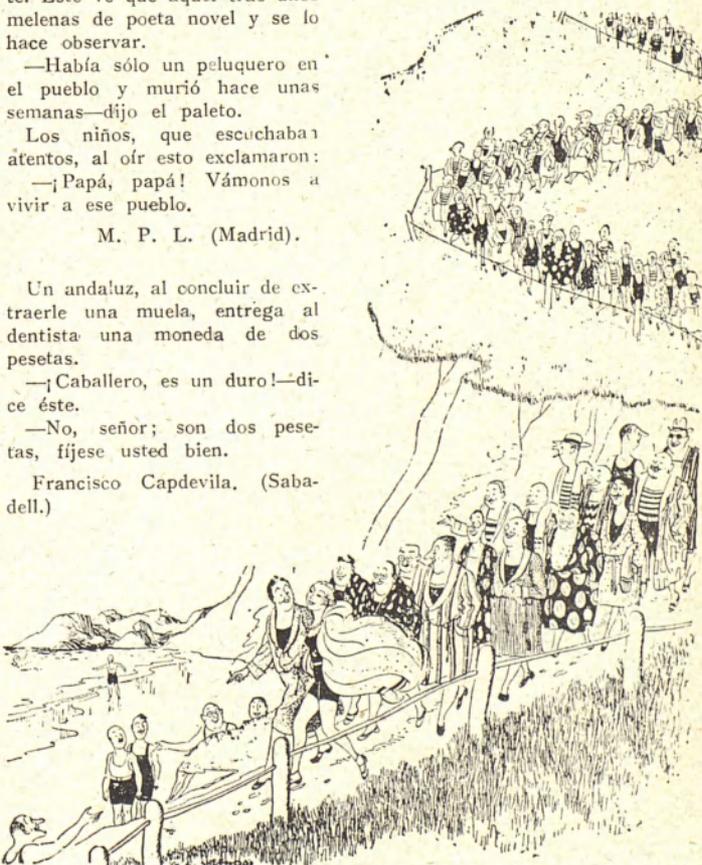
M. P. L. (Madrid).

Un andaluz, al concluir de extraerle una muela, entrega al dentista una moneda de dos pesetas.

—¡Caballero, es un duro!—dice éste.

—No, señor; son dos pesetas, fíjese usted bien.

Francisco Capdevila. (Sabadell).



La muchacha que dijo en la playa que la gustaría que la enseñaran a nadar...

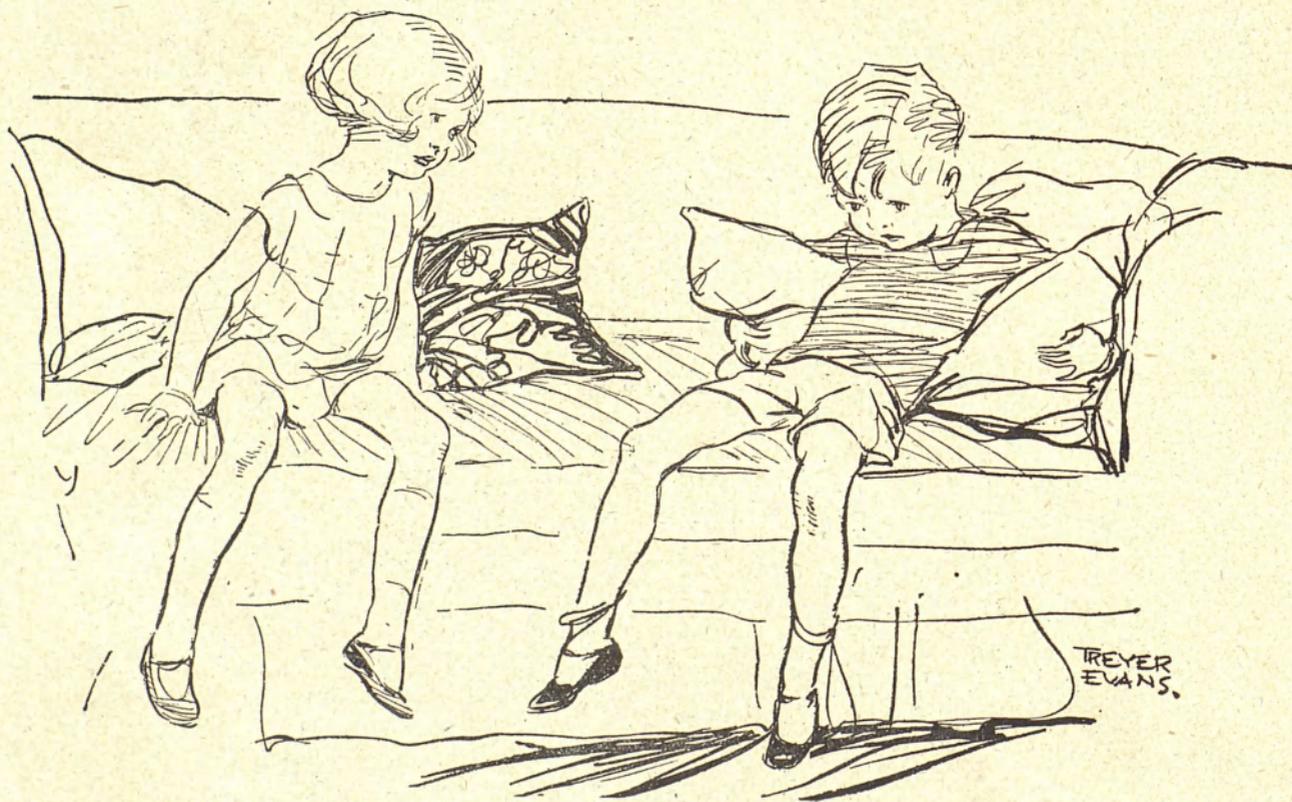
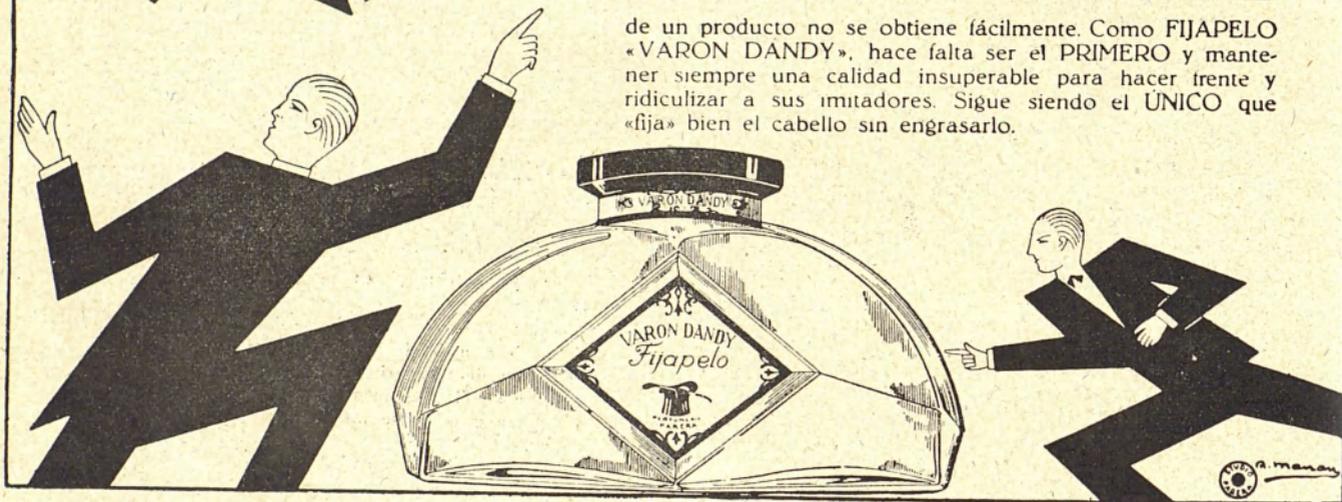
(De *London Opinión*.)

FIJAPELO

VARON DANDY

LA POPULARIDAD

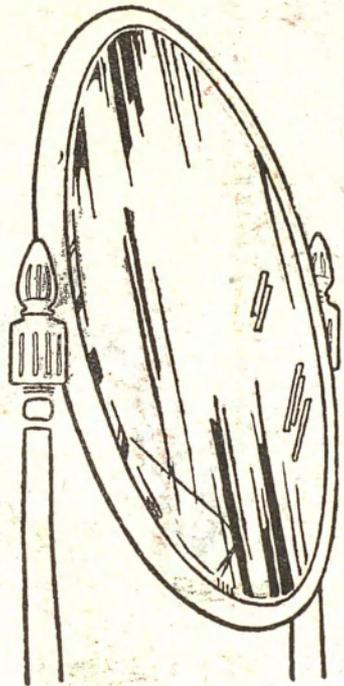
de un producto no se obtiene fácilmente. Como FIJAPELO «VARON DANDY», hace falta ser el PRIMERO y mantener siempre una calidad insuperable para hacer frente y ridiculizar a sus imitadores. Sigue siendo el ÚNICO que «fija» bien el cabello sin engrasarlo.



- ¿Por qué no hablas conmigo?
- Porque no me gusta hablar de cosas pequeñas.
- Entonces hablaremos de elefantes, ¿quieres?

(De Liffe.)

Ayuntamiento de Madrid



NADA COMPARABLE POR SUS MARAVILLOSAS CUALIDADES A LA CREMA RECONSTITUYENTE LIDA, PARA LA CONSERVACION DEL ROSTRO, HACIENDOSE IMPRESCINDIBLE EN EL TOCADOR DE TODA MUJER CUIDADOSA DE SU BELLEZA DA AL CUTIS TERSURA Y LOZANIA. — HACE DESAPARECER LAS ARRUGAS, SURCOS Y DE PRESIONES FACIALES. — SUA VIZA LA PIEL, CONSERVANDOLA DE TODA IMPUREZA. — BLANQUEA Y CONSERVA EL ROSTRO LLENO DE FRESCURA Y BIENESTAR. — ES EL ELEMENTO NUTRITIVO DE LA EPIDERMIS, UNICO Y EFICAZ PARA PRESERVARLA DE LOS PELIGROS DE LA INTEMPERIE

PEDID FOLLETOS EXPLICATIVOS.

CREMA LIDA

RECONSTITUYENTE

DEPOSITARIO - URQUIOLA - MAYOR. 1 -

MADRID

Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR



—¿ De modo que has reñido con tu novio?

—Sí, chica. Estaba insoporable ; figúrate que quería casarse conmigo.

Ayuntamiento de Madrid

Dib. LLOP. Burjasot.